

América Latina

Democracia y dictadura

Respuestas de Cristina Trigo de Quiroga

¿Qué juicio le merece el hecho que la dictadura de Pinochet se mantenga ya por ocho años?

Creo que no podemos juzgar aisladamente a la dictadura de Pinochet, ni el hecho de que se mantenga en el ejercicio del poder durante ocho años, si no se la analiza dentro del contexto de un proyecto político global implementado por el imperialismo para los países de América Latina en general, y para el Cono Sur en particular. La de Pinochet es una de las dictaduras militares que, con algunas variantes se dan en el Cono Sur, siguiendo la estrategia concebida por el imperialismo y las burguesías para conservar el poder político. El proceso de militarización del poder en el Cono Sur comienza con el golpe de Estado de 1964 en Brasil; en 1971 Banzer toma el poder en Bolivia luego de vencer sangrientamente la resistencia popular y frenar el avance de las masas que día a día lograban mayores conquistas durante dos gobiernos, también militares que, con algunas variantes se dan en el Cono Sur, siguiendo la estrategia concebida por el leos, Marcelo Quiroga Santa Cruz nacionalizó el petróleo, y el de Torres que aprobó medidas populares importantes.

En 1973 se produjo el golpe militar en Chile que derrocó a Salvador Allende, cuyo gobierno cumplió con un programa de orientación claramente socialista, aunque respetuoso de las leyes y la Constitución chilenas. El gobierno de la Unidad Popular en su política de defensa de los intereses populares ponía en riesgo la hegemonía de la burguesía, lo que terminó por decidir a los sectores regresivos que actuaron asesorados y financiados por el imperialismo, desestabilizando y aislando al gobierno de Allende. La derecha organizó una hábil campaña anticomunista que consiguió la adhesión de algunos sectores de las capas medias menos politizados. La misma derecha que se escandalizaba por lo que juzgaba como "transgresiones" a la legalidad, fué la que destruyó el régimen democrático en un intento por detener las conquistas populares. La dictadura de Pinochet desató una san-

griente represión que se inició con el asesinato del presidente Allende y que continúa hasta el día de hoy masacrando al pueblo chileno, exiliando a miles de personas y provocando tragedias como la de Laura Allende ante la negativa gubernamental de permitirle el retorno a su país.

Ese mismo año de 1973, Uruguay sufre un proceso regresivo similar ante el avance popular expresado en el Frente Amplio. Y, finalmente, en 1976 se produce el golpe militar en la Argentina, con Videla a la cabeza, quien impone una de las dictaduras más brutales de América Latina.

Todos estos procesos de militarización del poder en el Cono Sur obedecen a la estrategia organizada e implantada por el imperialismo estadounidense en nuestros países dependientes para frenar el avance político de la clase trabajadora hacia su liberación. La ideología y la naturaleza de clase de todos ellos son las mismas y la colaboración que se prestan recíprocamente, aún a nivel policial en el asesoramiento para la represión de toda manifestación de carácter popular, está ampliamente probada y denunciada. Sumando a esto, la imposibilidad de las burguesías nativas de gobernar dentro de un régimen democrático y la brutal represión ejercida contra los pueblos, explican que las dictaduras militares continúen en el gobierno y, en el caso de Chile, la permanencia de Pinochet durante ocho años.

Sin embargo, el pueblo chileno continúa resistiendo y la oposición al régimen se hace sentir cada vez más. Estoy segura de que los partidos de la izquierda chilena serán capaces de revertir la situación actual y de conducir a su país por la senda del socialismo.

¿Cuál es su apreciación sobre las perspectivas de desarrollo del movimiento democrático y revolucionario en América Latina?

Los procesos de avance popular así como los de reflujo mediante la imposición de las dictaduras regresivas se han dado casi simultáneamente en los países

del Cono Sur, y durante los últimos años todas estas dictaduras han llegado a un momento de crisis y de búsqueda de nuevas salidas que posibiliten su supervivencia. Ante el fracaso del modelo económico empleado el que ha incrementado substancialmente el endeudamiento de los Estados y ha empobrecido drásticamente a los sectores populares, y la sangrienta represión que se ven obligadas a ejercer para callar las voces de protesta de las clases populares, se crean las condiciones para una respuesta de los trabajadores que en el futuro derivará en un proceso revolucionario.

Para evitar el establecimiento de verdaderos gobiernos populares, la administración Carter impulsó un cambio político en América Latina por el que las dictaduras militares cedieran el gobierno a expresiones civiles que restablecieran la "democracia viable". Bolivia fue la primera nación donde se experimentó este proyecto; Banzer tuvo que ceder a las exigencias de los trabajadores y del pueblo en general, que rebasaron los límites que se trató de imponer, conquistando una amnistía irrestricta para convocar a elecciones generales. Estas se llevaron a cabo durante tres años consecutivos y las tres fracasaron debido a razones que aquí no es el caso analizar. Durante el proceso democrático todas las organizaciones políticas desplegaron una dinámica poco usual y la izquierda se potenció tanto que el ejército intentó en tres golpes de Estado, interrumpir el proceso. Finalmente, un cuarto golpe terminó con la efímera apertura democrática el 17 de julio de 1980, imponiendo García Meza y Arce Gomez una nueva dictadura militar, la más cruel, sangrienta y corrupta que hubo en Bolivia, cuya primera víctima fue el Primer Secretario del Partido Socialista-1, Marcelo Quiroga Santa Cruz, líder indiscutido del socialismo boliviano.

En casi toda América Latina se lucha hoy por

conquistar la liberación del yugo imperialista. No son luchas de pueblos aislados, la primera revolución triunfante, la de Cuba, se dió en un país pequeño, pobre y tan cercano a las costas estadounidenses, que entonces parecía una quimera que pudiera consolidarse un proceso socialista a pesar del bloqueo de que fue objeto, y aún más difícil, que pudiera colaborar en las tareas de construcción del socialismo en otros pueblos que se emancipan, inclusive en algunos, como Angola, tan alejados del continente americano. Está aún fresco el recuerdo de la victoria de Nicaragua cuando el pueblo vence al ejército masacrador de Somoza y hoy vemos que dedica todo su esfuerzo a la reconstrucción de su patria liberada. Estamos en las vísperas del triunfo revolucionario de ese heroico pueblo salvadoreño que se desangra por conquistar una patria libre. Y Guatemala que lucha por la misma causa, seguirá por el mismo camino. No estamos solos, somos muchos los que trabajamos en contra de la política intervencionista y reaccionaria de Reagan hacia América Latina, los pueblos se alzan con vigor. En el Cono Sur tenemos demostraciones cada vez mayores de la resistencia popular y de la lucha que, por el momento, no puede darse abiertamente como Centroamérica, pero que nos ofrece una visión clara del camino que toman los acontecimientos que nos llevará, sin duda, hacia la liberación de todos nuestros pueblos. Y esto tiene una explicación y es que avanzamos en el sentido de la historia. El ejemplo de los países que han conseguido su liberación mueve a todos los otros pueblos a luchar con mayor fervor y optimismo; la nuestra, puede ser aún más larga y dolorosa pero las bayonetas de los militares que hoy sojuzgan a los pueblos, no podrán detener la liberación de América Latina y, entonces, habrá llegado el momento de construir nuestra patria soberana, justa, libre; es decir, la gran patria socialista. ❧

DUDA TEOLÓGICA

"Estimado señor director:

Luego de haberme impuesto, a través de *El Mercurio*, de las categóricas afirmaciones que sobre el origen de la autoridad y sus consecuencias hiciera el señor vicario general castrense, monseñor Gillmore, durante su homilía del 11, en cuanto a que 'todos deben someterse a las autoridades establecidas. Porque no hay autoridad que no venga de Dios', he quedado —como tantos otros creyentes— anonadado y pleno de dudas teológicas que quisiera exponer públicamente con el deseo, y derecho también, de recibir una respuesta pública.

Una de las tantas dudas; ¿para los señores gobernantes Stalin, Hitler, Idi Amin, Bocassa y otros, la autoridad que ellos ejercían era de origen divino? Y si lo es, ¿a qué divinidad se refiere?

Benito Pulido E.
Santiago"

Hoy núm. 218, Santiago de Chile, 23 al 29 de septiembre de 1981.

El Salvador

Guerra y reconocimiento

Ernesto Richter

Probablemente el hecho político reciente más relevante en relación a la profunda crisis revolucionaria por la que atraviesa el "pulgarcito de América", sea la declaración conjunta de México y Francia. En ella, los titulares de las carteras de Relaciones Exteriores de ambos países manifiestan "la grave preocupación de sus gobiernos por los sufrimientos del pueblo salvadoreño en la situación actual, que constituye una fuente de peligros potenciales para la estabilidad y la paz de toda la región, habida cuenta de los riesgos de internacionalización de la crisis", y "reconocen que la Alianza del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y del Frente Democrático Revolucionario constituye una fuerza política representativa dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ello se derivan". Sobre esta base, en la declaración se hace un llamado a la comunidad internacional a esforzarse por facilitar "el acercamiento entre los representantes de las fuerzas políticas salvadoreñas en lucha, a fin de que se restablezca la concordia en el país y se evite toda injerencia en los asuntos internos de El Salvador".

Aunque en el documento no se explicita jurídicamente lo que en forma implícita plantea, es evidente su contenido: el reconocimiento del carácter beligerante de las fuerzas democráticas y revolucionarias salvadoreñas. La reacción internacional, tanto de apoyo como de rechazo a la declaración aludida, lo demuestra con meridiana claridad: no es necesario enfatizar el carácter reaccionario de regímenes que, como los de Chile, Argentina, Bolivia y Guatemala, firmaron la llamada "Declaración de Caracas"; ni el carácter propositista del apoyo creciente a la declaración franco-mexicana por parte de Nicaragua, la RDA, Noruega, partidos socialistas y socialdemócratas europeos y latinoamericanos, instancias internacionales como la Subcomisión de Derechos Humanos de la ONU, por mencionar sólo algunas de las fuerzas políticas que a nivel internacional han hecho patente su preocupación sobre

la masacre de que está siendo objeto el pueblo salvadoreño.

Oportunidad inusual

La indiscutible importancia del documento mencionado, ha sido evidenciada también por las reacciones que ha provocado tanto en El Salvador como en los EEUU: a niveles gubernamentales estadounidenses se pudo observar inicialmente un desconcierto, comprensible por la relevancia internacional de los signatarios y por los efectos previsiblemente negativos que la declaración conjunta pudiese tener frente a la política intervencionista que la actual administración de R. Reagan está implementando en El Salvador.

En este contexto, debe señalarse el comentario del *New York Times*, reconociendo la legitimidad del planteamiento franco-mexicano como un intento de encontrar una fórmula de solución política al problema salvadoreño. Igualmente, las recientes declaraciones del senador Edward Kennedy sobre el asunto, expresan la influencia que el documento puede ejercer sobre la política exterior estadounidense: al criticar a la junta militar-democrristiana

de El Salvador, señalar el fracaso de la actual política reaganiana y calificar el reconocimiento de las fuerzas democráticas y revolucionarias de El Salvador por parte de México y Francia como "una inusual oportunidad" para iniciar el proceso de resolución del conflicto salvadoreño, el senador demócrata se está haciendo eco de la creciente oposición interna al intervencionismo estadounidense.

Fortalecimiento del FMLN/FDR

En El Salvador, el documento en cuestión ha provocado importantes fisuras en los círculos de poder, fundamentalmente entre aquellos que exigen respuestas drásticas y los que —conscientes de su debilidad a nivel internacional y de su incapacidad interna de generar aunque sea un mínimo de apoyo a la política reaccionaria del régimen— temen que una reacción radical los lleve a un aislamiento aún mayor. Ya que entretanto incluso la intención de llevar el asunto a la OEA ha sido aparentemente revocada, la reacción oficial del régimen se ha reducido prácticamente a declaraciones de protesta y a una cínica propaganda interna de corte

Ernesto Richter, salvadoreño, antropólogo, profesor investigador en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

pretendidamente nacionalista en contra de una supuesta intervención extranjera que, en todo caso, es la que promueve la junta solicitando y aceptando una creciente ayuda militar estadounidense.

De hecho, la declaración franco-mexicana, ha sido expresión de las fuerzas internacionales contrarias a una solución militar del conflicto salvadoreño, tal y como la pretenden la reacción salvadoreña y el imperialismo estadounidense al plantear una derrota militar del movimiento popular, como condición previa a la realización de medidas políticas como las prometidas elecciones a una asamblea constituyente. A la vez, ha sido también una medida política y diplomática que incide notablemente en el fortalecimiento y consolidación de las posiciones progresistas frente a la problemática salvadoreña, aportando indudablemente a la configuración de una correlación de fuerzas internacionales favorable a una solución acorde a los intereses populares expresados orgánicamente en el FMLN/FDR.

Ofensiva general

Luego de un período de auge de la movilización de masas que culmina en agosto del año recién pasado con una huelga de carácter preinsurreccional, que permitió a la vanguardia revolucionaria salvadoreña evaluar la capacidad militar de los sectores populares y su disposición a ponerla en práctica, se desarrollan los preparativos para dar inicio a una nueva fase en la guerra popular de liberación.

Este período de "transición" fue evaluado por el régimen salvadoreño y el imperialismo estadounidense, al igual que la huelga de agosto y en forma también evidentemente equivocada, como expresión de una derrota política y militar del movimiento revolucionario y como un

reflujo irreversible de la revolución salvadoreña.

La ofensiva general iniciada el diez de enero del presente año, significó un contundente mentís a tal interpretación, en tanto que demostró que las fuerzas populares no estaban debilitadas sino, por el contrario, habían desarrollado entretanto la capacidad militar de asestar severos golpes a las fuerzas gubernamentales, así en áreas rurales como en importantes zonas urbanas y en puntos estratégicamente claves.

La fuerza de la ofensiva fue de tal naturaleza, que provocó no solo deserciones importantes en las fuerzas

diez de enero podía haber desembocado en un triunfo popular, pero precisamente por lo mismo, no podía ser planteada exclusivamente como paso a la toma inmediata del poder. No obstante, el hecho de que ésta no se haya dado y la falsa idea de que se trataba de una ofensiva final, llevó al régimen y al imperialismo a concluir que la ausencia de un triunfo revolucionario significaba para el movimiento popular al menos el comienzo de su derrota: su equivocada interpretación de la ofensiva los hizo pensar que la insurgencia había movilizad*o* todos sus recursos y que, en consecuencia, su desgaste no sólo



armadas gubernamentales, sino también ciertas actitudes inmedatistas y triunfalistas tanto internamente como a nivel internacional. Tanto así, que la dirección del movimiento revolucionario, en previsión de la posible desmoralización de la solidaridad internacional ante la probable ausencia de un triunfo inmediato, se vió obligada a reiterar que no se trataba de una *ofensiva final*, sino de un salto cualitativo en la guerra.

Interpretación equivocada

Evidentemente que *bajo ciertas circunstancias* la ofensiva general del

le imponía un repliegue sino que la obligaba a retornar a la defensiva, esta vez en forma definitiva.

Ello explica que en los meses posteriores a la ofensiva general, las fuerzas gubernamentales se hayan dedicado en lo fundamental a actividades de hostigamiento contra lo que interpretaban como los más importantes reductos del FMLN, utilizando fuerzas militares regulares, y a preparar la "contraofensiva final" formando —con la ayuda estadounidense— las fuerzas conocidas como Brigada "Atlatl", cuyo objetivo sería el de asestar el golpe definitivo contrarrevolucionario.

DIME CON QUIEN ANDAS

"... respaldamos al Gobierno de El Salvador en sus denodados esfuerzos por alcanzar la paz y lograr una mayor justicia social, conforme a su pleno derecho a la autodeterminación".

Augusto Pinochet en su Mensaje del 11 de septiembre, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de septiembre de 1981.

Equilibrio aparente

A más tardar en mayo se evidenció lo equivocado de tal apreciación de la correlación de fuerzas: el movimiento revolucionario no había movilizad todos sus recursos, su repliegue posterior a la ofensiva del mes de enero había sido de índole táctico; su capacidad de enfrentar los embates del enemigo, haciendo de las pretendidas actividades de hostigamiento enfrentamientos que desgastaron considerablemente —tanto en términos materiales como de recursos humanos y de moral

de combate— a la tropa gubernamental; su capacidad de revertir las intenciones del régimen de acuerdo a la consigna “resistir, desarrollar y avanzar”, consolidando las posiciones alcanzadas durante la ofensiva, desarrollando nuevos frentes de guerra y hostigando al enemigo en buena parte del territorio nacional; todo ello llevó a que la pretendida contraofensiva reaccionaria se tornase en un aparente “equilibrio militar”, que está convenciendo al mundo de la imposibilidad de una derrota del movimiento revolucionario, aún cuando éste no logre un triunfo cercano.

Hemos entrecomillado el término, porque tal interpretación únicamente puede deducirse de un análisis estático de la situación actual. Un análisis dinámico del proceso de guerra necesariamente tiene que llegar a una conclusión diferente.

Deterioro creciente

En primer lugar, la guerra que libra el pueblo salvadoreño no está planteada exclusivamente a nivel militar, sino también a nivel político, económico, ideológico e incluso diplomático.

El actual régimen está demostrando su incapacidad de frenar el acelerado deterioro económico del país, que según datos oficiales se expresa en 193 empresas cerradas durante la primera mitad del año en curso, en tasas de decrecimiento de la producción agrícola de un 70%, de la actividad comercial de un 120%, de la construcción de un 17.50% y del PIB en general de un 9.50%, en una fuga de capitales que, según el embajador de los EEUU en El Salvador, Deane Hinton, ha alcanzado la suma de 700 millones de dólares y muchos otros indicadores semejantes.

Restablecer los principios

José Miguel Insulza

El comunicado conjunto emitido por los gobiernos de Francia y México en relación a la guerra civil en El Salvador provocó una serie de comentarios en el plano internacional, en torno a la aplicación de los principios de autodeterminación y no intervención.

Si nos limitáramos a juzgar la catadura moral de algunos de los que alzaron su voz alegando intromisión interna, la discusión duraría poco. Estados Unidos no sólo tiene asesores militares en El Salvador; tiene una larga historia de intervenciones en nuestro continente y hoy mismo desarrolla una política intervencionista en numerosos países del mundo. Con razón ni siquiera se atrevió a comentar públicamente el comunicado conjunto de modo oficial. Pero los aliados a quienes echó mano para que lo hicieran tampoco estaban mejor parados; escuchar a Augusto Pinochet, a Viola o a Stroessner hablando de autodeterminación es en verdad grotesco: nadie ha negado más sistemáticamente la autodeterminación de sus propios pueblos que ellos mismos.

Dejando de lado a los pocos y descalificados contestatarios, merece justamente destacarse la acertada interpretación que surge del comunicado acerca de los principios que deben regir la convivencia internacional y el respaldo a los pueblos que luchan precisamente por conquistar su plena vigencia.

En el primer aspecto, el comunicado no hace sino atenerse a los principios: hay una guerra civil sangrienta en El Salvador; lo que corresponde —para no intervenir— es auspiciar una salida pacífica, con intervención de todas las fuerzas reales del país. Intervenir es, en cambio, apoyar con armas a uno de los contendientes o desconocer a otro, abriendo en ambas formas el camino a una masacre de proporciones. El comunicado de México y Francia hace exactamente lo primero. Quienes rasgan vestiduras en su contra hacen exactamente lo segundo.

En cuanto a la autodeterminación, no hay en la posición de México y Francia ninguna actitud en favor o en contra de ninguna de las partes. Se

trata de buscar una salida que permita que sea el pueblo de El Salvador quien decida libremente su destino. En el texto se reconoce a la Junta actual como uno de los protagonistas. No se le niega su derecho a participar en la solución. Lo que sí es inadmisibles que se pretenda imponer una salida de minoría, negar el derecho a expresarse a la mayoría del pueblo y de las fuerzas políticas, como lo hacen quienes apoyan la salida propuesta por Duarte.

El desaparecido presidente de Ecuador, Jaime Roldós, enfrentó las iras de los sectores más reaccionarios de EEUU y de América Latina, cuando afirmó que no podía permitirse que, sobre la base de principios sagrados como la no intervención y la autodeterminación, gobiernos dictatoriales pisotearan y masacraran a sus pueblos. Apoyar a esos gobiernos y darles legitimidad para cometer sus crímenes era intervenir contra los pueblos y hacerse cómplice de la negociación de sus derechos soberanos. No en vano el *trust* de cerebros que elaboró el programa de Reagan para América Latina (el llamado grupo de Santa Fe) condena esta “doctrina Roldós” como una amenaza para la política estadounidense en nuestro continente. Porque ella pone al descubierto la falacia de llamar “autodeterminación” a la toma del poder por la violencia y de escudarse en la no intervención para mantenerlo por la represión.

La declaración francomexicana constituye, en cambio, un espaldarazo importante a quienes luchan en América Latina por la independencia y la democracia. Afirmando la necesidad de que al resolver los conflictos en nuestro hemisferio se tome en cuenta el derecho a participar que asiste a todo el pueblo, se ubica bien en el momento histórico que vive América Latina, que es un momento de rebelión contra un orden que ya no puede soportarse. Al hacerlo, no viola ningún principio. Por el contrario, reafirma su vigencia: porque en definitiva no intervención y autodeterminación no son sino el respeto internacional por la soberanía de cada pueblo y no la legitimación de quienes diariamente la pisotean. ❧

Hacia el fin de una política

Luis Maira

Cuando Ronald Reagan llegó a la Casa Blanca en enero de 1981, su política frente al Salvador —qué él mismo convirtió en el principal caso de prueba (test case) de lo que consideraba el eje este-oeste de una acción exterior destinada a contener “el expansionismo soviético”—, se estableció en base a un supuesto estratégico y tres opciones de contenido.

El propósito último era impedir el triunfo de las fuerzas revolucionarias del FDR-FMLN, calificadas como una simple pieza en la política de “dominó” con que Moscú, actuando a través de Cuba, buscaba controlar el área Centroamericana y del Caribe que, desde los trabajos geopolíticos de Nicholas Spykman, ha sido considerada como el primer anillo de protección en cualquier diseño de seguridad de Estados Unidos.

En cuanto a las opciones específicas, el *Policy Planning Staff* del Departamento de Estado barajaba las siguientes: 1. intensificar el apoyo al gobierno de Duarte, en la expectativa que con mayores elementos pudiera controlar la situación; 2. intentar una regionalización del conflicto, constituyendo un bloque de gobiernos reaccionarios centroamericanos que actuando con su poderío militar sumado controlarían todas las manifestaciones revolucionarias del área; 3. decidir una participación directa de los contingentes militares norteamericanos.

Luego de alguna discusión interna, la administración Reagan optó por incrementar la ayuda al régimen formalmente encabezado por Napoleón Duarte, aumentando los fondos tanto en el terreno militar como en relación a programas especiales de desarrollo y tanto a través de los recursos propios de ayuda que maneja la AID como de los organismos financieros multilaterales (Banco Mundial, Banco Interamericano) cuyas asignaciones Estados Unidos controla en la práctica.

Desde su primera actuación internacional, cuando se reunió con el presidente López Portillo en Ciudad Juárez, incluso antes de asumir su cargo, Reagan ha afirmado su “apuesta” de que el actual régimen de San Salvador, con más ayuda y asesoría estadounidense saldrá adelante. Para esto no se han es-

catimado recursos. De acuerdo a un estudio recientemente distribuido por WOLA, en Washington, la ayuda que Reagan proyecta transferir a El Salvador en 1981 suma, en fuentes directas y multilaterales, 523 millones de dólares; en circunstancias que el presupuesto total de ese país en 1980 llegó a 482 millones.

Sin embargo, diez meses después de adoptada la actual línea, la situación, pese a los recursos destinados y a la intransigencia política mostrada, no cesa de empeorar. El régimen salvadoreño aparece hoy incapaz de derrotar a sus opositores de izquierda, lo que prefiguraría como un óptimo futuro para Washington lo que alguien ha denominado una “libanización” del conflicto. En el campo internacional Reagan aparece aislado y sus acciones son rechazadas por varios de los principales gobiernos europeos, por el movimiento de países no alineados y en América Latina por México y Brasil, los dos principales países del continente, conforme a las propias estimaciones del Departamento de Estado. Y finalmente, a nivel doméstico, la acción de las iglesias, el movimiento obrero y de organizaciones humanitarias, ha inclinado a la prensa y al Congreso a cuestionar la prosecución de esta política como lo demuestran las cinco condiciones colocadas por el Subcomité de Asuntos Interamericanos del Senado y al otorgamiento futuro de ayuda al gobierno de Duarte. Así pues, los planes de Reagan hacen agua por todos los costados, y se empieza a saber de fuentes muy confiables en la propia capital de EEUU que existe una disidencia creciente hacia la actual política entre la propia burocracia profesional del Departamento de Estado, que considera, con los datos existentes, que el fracaso total será el único resultado si se persiste en prolongarla.

Lo importante es que, por otra parte, la tercera opción, una intervención militar directa, puede considerarse también cancelada de mantenerse las actuales condiciones políticas internas, puesto que uno de los éxitos del bloque opositor a las acciones de Reagan en el Salvador ha sido la creación

de un clima de rechazo a una acción militar que, de prolongarse, podría llevar a Centroamérica el fantasma de una vietnamización. De esta manera, la política actual ha fracasado y seguirá fracasando, mientras que han desaparecido las condiciones que, dentro de su propia lógica, podrían decidir a los responsables de la toma de decisiones de política exterior a resolver una intervención directa.

Aparentemente sólo queda entonces intentar el camino de desatar un conflicto subregional global para establecer un eje Guatemala-Honduras—El Salvador y tratar que éste reabsorva las manifestaciones revolucionarias en Nicaragua y las acciones de los combatientes salvadoreños. En esta línea se debe interpretar el creciente apoyo de Washington al gobierno de Paz García en Tegucigalpa y el estímulo a los contactos formales para la constitución de un “eje norte” en América Central.

El problema de fondo, sin embargo, es que esta opción no es más que una profundización de la política que ya ha fracasado y, teniendo muchos riesgos, no presenta ninguna perspectiva de mejoramiento substancial. En tal cuadro, el espacio para los disidentes domésticos de dentro y de fuera del aparato estatal estadounidense se ampliará cada vez más hasta acabar imponiendo la fórmula de la negociación política que porfiadamente, hasta ahora, Reagan y sus colaboradores han rechazado. Para entonces, el problema será que, otra vez como en Vietnam, cuando se llegue a esa situación, las condiciones no serán nada favorables, además del hecho que, si se alcanza ese punto, el propio gobierno sufrirá un desgaste político que unido a otros factores puede comprometer sus posibilidades políticas en la elección parlamentaria de noviembre de 1982 y, a partir de allí, en el proceso presidencial de 1984.

El Salvador puede convertirse por lo mismo no en el inicio del freno de la expansión comunista, como Reagan alguna vez lo soñara, sino en un agudo y desgastador factor de la viabilidad de su propio proyecto político para la sociedad estadounidense. ❧

La Junta militar-democrristiana se ve cada vez más aislada de las fuerzas económicas y políticas internas que la apoyaron inicialmente o que al menos —por diversas razones— no le opusieron resistencia, como es el caso de la Unión Comunal salvadoreña, organización originalmente oficial que ha venido expresando crecientes críticas al actual proyecto de reforma agraria, o el de algunas asociaciones de pequeños y medianos empresarios que han formulado críticas cada vez más duras a la incapacidad gubernamental de resolver sus problemas. El régimen mantiene las leyes de excepción que ha venido imponiendo a raíz de su creciente debilidad, continúa ignorando la permanente y sistemática violación de los derechos humanos más elementales y se demuestra incapaz de frenar el flujo de refugiados, que actualmente hacen un total de 300 000 en el interior del país. El apoyo internacional de la Junta se va reduciendo cada vez más al que recibe de los EEUU, de algunos gobiernos y partidos demócrata-cristianos y de regímenes largamente conocidos en el ámbito internacional por su carácter reaccionario y represivo.

En consecuencia, se puede afirmar que si bien militarmente el régimen ha logrado impedir hasta el momento la victoria de las fuerzas democráticas y revolucionarias, ha venido perdiendo paulatinamente las batallas que le ha impuesto un movimiento popular decidido a lograr sus reivindicaciones declarando una guerra integral y a todos los niveles al imperialismo y a la oligarquía local.

De nuevo la iniciativa

En segundo lugar la situación podría interpretarse como de "empate" en la medida en que ninguna de las dos fuerzas en pugna ha logrado la derrota definitiva de su adversario. Lo absurdo de tal interpretación se hace evidente al llevarla a sus últimas consecuencias: de acuerdo a ella, toda guerra se encuentra en un estado de empate en tanto no concluya con la victoria de una de las partes. De hecho, en El Salvador y a nivel exclusivamente militar, la actual correlación de fuerzas tiende, en forma sostenida, a favorecer al movimiento revolucionario, en tanto que éste, no obstante las adversas

condiciones en que ha tenido que desarrollarse, ha logrado consolidar sus posiciones, ampliar sus espacios de acción y — pese a innumrables errores y momentos de necesario repliegue igualmente tácticos— mantener en general la iniciativa en el proceso.

Ello lo demuestran los recientes acontecimientos que han obligado a las fuerzas gubernamentales a replantear su análisis: si luego de la ofensiva de enero pensaron que podrían pasar definitivamente de la defensiva a la ofensiva, el actual incremento de las actividades insurgentes, tomas de poblaciones, acciones de sabotaje y de hostigamiento, emboscadas, ataques a cuarteles y —lo que es más importante— el reinicio de acciones de masas de nuevo tipo en los centros urbanos más importantes, les plantea que las fuerzas revolucionarias y democráticas, lejos de estar en vías de ser derrotadas, nuevamente están imponiendo su ritmo a la guerra.

Soluciones viables

Lo anterior hace evidente que la guerra popular se ha vuelto un proceso irreversible, en que las fuerzas del pueblo han demostrado no solo su decisión irrevocable de luchar hasta el final por sus intereses, han demostrado también la imposibilidad de ser derrotadas. Ello ciertamente no implica un triunfo fácil ni rápido, máxime que en términos cuantitativos la correlación de fuerzas interna ha sido artificialmente deformada por la creciente intervención de EEUU y el apoyo militar que de los ejércitos de Honduras y Guatemala está recibiendo el régimen salvadoreño; pero definitivamente implica que el objetivo oligárquico e imperialista de alcanzar una victoria militar sobre el FMLN/FDR pasa necesariamente por una masacre de descomunales proporciones, la ineludible regionalización del conflicto y la generación de un nuevo foco de tensión internacional que en las actuales condiciones podría desestabilizar sensiblemente el débil equilibrio mundial de fuerzas.

En vista de lo anterior, se entiende que el empecinamiento de los sectores dominantes en El Salvador y del imperialismo norteamericano y su prepotencia militarista provoque activas reacciones por parte de las fuerzas democráticas y progresistas que, a nivel

internacional, se han esforzado por implementar soluciones viables, pero definitivas y no paliativas, a la tensa situación por que atraviesa el mundo actual.

Hechos y no fraudes

El desarrollo de la guerra popular en El Salvador, la fuerza y vitalidad que ha demostrado el movimiento democrático y revolucionario en el país, la seriedad y el realismo de sus planteamientos y, finalmente, el hincapié que el FMLN/FDR ha hecho en la búsqueda de una solución (que no "salida") política que resuelva los problemas más sentidos de los sectores populares y les evite costos aún mayores en una guerra que sólo en lo que va del año 1981 ha cobrado más de diez mil víctimas, ha llevado a que a nivel internacional aumenten considerablemente las fuerzas que, comprendiendo la justeza de la lucha del pueblo salvadoreño, tienden a reconocer la beligerancia de sus organizaciones de vanguardia.

Hechos y no declaraciones como el pretendido centrismo de la junta militar-democrristiana y sus malas reformas, realidades y no fraudes como el que representa el tristemente célebre "libro blanco", determinantes concretas y no interpretaciones que buscan las causas del conflicto en fuerzas externas al área y, finalmente, las temibles perspectivas de la búsqueda de una derrota militar de la insurgencia; son los elementos que tienden a transformar la correlación internacional de fuerzas a favor del FMLN/FDR, y a aislar cada vez más a los actuales detentores de un poder precario que sólo puede mantenerse mediante la creciente intervención extranjera.

El triunfalismo y el inmediatez no han sido nunca características del movimiento democrático y revolucionario en El Salvador. Su realismo está determinado por el carácter de su lucha y las condiciones que desde dentro y desde fuera le han sido impuestas. Pero los últimos años han venido demostrando que en la actual crisis revolucionaria la única alternativa viable y con perspectivas de estabilidad duradera es la planteada por el FMLN/FDR. Este hecho irrefutable es el que ha determinado su creciente apoyo internacional. ☒